

# LETRAS

# Letrillas

# LETRONES

## MÉXICO

### EL LEGADO INCIERTO DEL 68

La Historia de México ha dado un veredicto definitivo sobre el 2 de octubre de 1968, al menos en su terrible significación moral. Aunque nunca se sabrá el número exacto de muertos aquella tarde en Tlatelolco, no hay duda de que fue un crimen masivo, un sacrificio inútil e injustificable, un acto de terrorismo de Estado contra un movimiento estudiantil que, al margen de sus manifestaciones radicales, nunca empleó métodos violentos. En todas las regiones donde sopló —Europa occidental, Europa del Este, Asia, Norteamérica—, el viento rebelde de 1968 se desvaneció por sí mismo o fue encauzado a través de medios políticos. México fue la vergonzosa excepción. El sistema político mexicano, admirado a lo largo de los años sesenta como un mecanismo supuestamente “milagroso” que combinaba el crecimiento económico y una cierta vocación social con una variedad “muy ligera” de autoritarismo político hecho de corrupción y patronazgo, mostró su verdadero rostro. Con la matanza, el régimen del PRI selló su destino: un orden político que asesina su disidencia cívica era una dictadura, y en esa medida el sistema político mexicano tenía el tiempo contado.

El complejo entramado de intereses, pasiones, errores y cálculos que condujo

a la matanza del 2 de octubre está menos claro. La psicología del presidente Gustavo Díaz Ordaz jugó, a mi juicio, un papel determinante: operó como una lente de aumento que distorsionó los hechos. Donde había disidencia juvenil él sólo vio la más oscura conspiración comunista contra México. No obstante, es obvio que muchos otros factores incidieron en el proceso y desenlace, factores al margen del estilo personal del presidente. Ciertas preguntas clave siguen esperando respuesta: el papel del Ejército, la integración y funcionamiento del “Batallón Olimpia” (un grupo paramilitar comandado por el entonces ministro del Interior Luis Echeverría), la injerencia —en plena Guerra Fría— de agentes provocadores internacionales tanto del bloque soviético como de la CIA. A cuarenta años de la masacre, no tenemos un cuadro completo y fiel de lo que en verdad ocurrió. Quizá no lo tendremos nunca: salvo Echeverría, que vive en el ostracismo, casi todos los políticos que tuvieron un papel relevante en aquellos sucesos han muerto. Y con ellos se llevaron no sólo sus recuerdos sino sus papeles. Queda inédito, sí, un testimonio muy valioso: las “Memorias” del presidente Díaz Ordaz. Llegué a consultarlas hace unos años: contenían claves importantes para entender la cadena de intrigas que condujeron a la masacre.

Pero más allá de su anatomía política o de su cruel moraleja, hay un ángulo del movimiento estudiantil que atañe ahora mismo a todos los que participamos en

él hace ya cuarenta años. Se trata de un ángulo que importa sobre todo a los diversos grupos de izquierda que fueron los verdaderos impulsores del movimiento y que desde hace veinte años, por lo menos, ocupan un lugar de creciente influencia en la vida política mexicana. Me refiero al legado democrático del 68.

Por muchos años me pareció indudable que el movimiento había sido el embrión de la democracia en México, proceso en el que —hasta principios de los años ochenta— nadie creía, pero que sobrevendría en los últimos años del siglo con una fuerza creciente e irresistible. Sigo creyendo que el movimiento fue un hecho que contribuyó a la democratización del país, pero creo también que la naturaleza de ese aporte y su dimensión deben analizarse y matizarse porque sus dilemas siguen siendo los de la izquierda mexicana de hoy. Había, es verdad, algo intrínsecamente democrático en aquel gran acto de negación, aquel gigantesco NO que coreaban las masas estudiantiles contra el gobierno autocrático. Había también una genuina espontaneidad en las asambleas, los mítines, las marchas, las “tomas” de la calle (como se les llamaba). En un país supuestamente “revolucionario”, acostumbrado a la obediencia y el silencio, la discusión pública de los problemas era ya en sí misma una novedad extraordinaria. Ese impulso de libertad prendió: gracias al 68, hay en México más libertad de expresión, de movimiento, de protesta.

Y gracias al 68, las mujeres—que eran un contingente numeroso en el movimiento—ingresaron con fuerza en casi todos los ámbitos de la vida pública, lo cual fue un logro histórico en un país con las tradiciones machistas de México.

Pero es preciso distinguir: la rebelión por la libertad es una cosa, la construcción de la democracia es otra. El movimiento de 1968 fue festivo, irracional, emotivo, imaginativo, maniqueo, generoso, romántico, expansivo, contestatario, destructivo, irreverente. No conocía los argumentos complejos, los claroscuros de la vida real. Todo lo contrario: rechazaba por completo el orden establecido. Quería el todo o nada. No tuvo noción de sus propios límites, no imaginó un proyecto constructivo de transición política para sí mismo y para México, tenía aversión a la prudencia, la tolerancia, la autocrítica, la negociación, la racionalidad. Nunca se propuso, por ejemplo, la creación de un partido político, que sin duda hubiera podido nacer entonces. (Hay que recordar que la izquierda mexicana no estaba representada en el Congreso, donde el PRI reinaba con mayoría casi absoluta, y que el Partido Comunista Mexicano estaba proscrito.) Los estudiantes nunca pensamos en la democracia electoral como una salida. En las asambleas votábamos a “mano alzada”, en las marchas creíamos “representar” al pueblo y hasta teníamos el eslogan “¡Únete pueblo!”, pero el pueblo hubiera necesitado mucho más para unirse, para participar de verdad en la política: hubiera necesitado una estructura, una institución, un cauce, un partido. Esas nociones, y aun la idea misma del voto, eran ajenas al movimiento estudiantil.

El movimiento del 68 fue, esa es la verdad, una especie de “revolución blanda”. Por eso se inspiró en los ídolos e ideales de la Revolución cubana, y por eso se topó con los tanques de esa otra mítica Revolución mexicana que seguía reclamando la legitimidad histórica. Pero hay que subrayar que este carácter embrionariamente revolucionario del 68 no justifica en absoluto la represión desatada contra él.

La izquierda mexicana de hoy es la heredera natural del 68 y, por lo tanto, la principal responsable histórica de aquel legado. Esta izquierda ha jugado un papel decisivo en la transición política de México desde 1988, cuando por primera vez llegó unida a una elección presidencial, acaudillada por Cuauhtémoc Cárdenas, el respetado hombre de izquierda que, según versiones fidedignas, fue despojado de su triunfo mediante un fraude. En 1988, Cárdenas tomó la decisión que veinte años antes no quiso tomar el movimiento estudiantil: fundó un partido político, el Partido de la Revolución Democrática. Desde ese año, gracias al PRD, el ascenso de la izquierda ha sido impresionante: ha ganado alcaldías, gubernaturas, es la segunda fuerza en el Congreso, gobierna desde hace diez años su bastión más poderoso: la ciudad de México, escenario del 68; y en 2006 estuvo a punto de ganar la presidencia. Parecería entonces que las condiciones están dadas para que el último capítulo de una historia de cuarenta años se escriba pronto, con la llegada pacífica de la izquierda al poder en México. Por desgracia no ha sido así, y en buena medida debido al conflicto intrínseco entre “democracia” y “revolución” que caracterizó al movimiento estudiantil del 68 y que está en las propias siglas del PRD.

La izquierda mexicana no decide aún qué camino quiere seguir: la revolución o la democracia. Es cierto que nadie propone la adopción del modelo cubano, pero muchos suscriben el modelo de Hugo Chávez como la mejor opción para México. Esa era, de hecho, la opción que representaba Andrés Manuel López Obrador. No sólo “la derecha” mexicana vio con temor y suspicacia su incendiario discurso y sus proyectos: también el propio Cuauhtémoc Cárdenas. Y es que ambos representan dos visiones opuestas sobre el papel de la izquierda en México (y, por extensión, en América Latina).

La izquierda no deja de ser izquierda si es moderna: allí está el caso español. La izquierda no deja de ser izquierda si es liberal: allí están los casos chileno, brasileño y uruguayo. En México, una



Una estampa del 68 mexicano.

izquierda semejante tendría la fuerza suficiente para convencer a las corporaciones sindicales y burocráticas de la necesidad de llevar a cabo las reformas económicas que el país requiere para salir de su estancamiento y crecer. Una izquierda así podría persuadir a los poderosos grupos empresariales para que contribuyan a paliar los inmensos rezagos sociales. Alrededor de estos temas cruciales, una izquierda moderna y liberal podría contar con una mayoría de votos (el mío, desde luego) en el Congreso y conquistar la presidencia. Pero esa izquierda moderna y liberal no es la mayoritaria. La razón principal de esto es clara: igual que la derecha doctrinal (su gemela enemiga), nuestra izquierda mira la realidad con anteojeras ideológicas.

La izquierda mexicana (como buena parte de la latinoamericana) no se ha quitado sus anteojeras ideológicas entre otras cosas porque apenas si ha ejercido la autocrítica. Cuando la Historia rebatió y socavó a los sistemas autoritarios y las sociedades cerradas (la liberación de Europa del Este, la desaparición de la Unión Soviética) y determinó el ascenso, no menos sorprendente, de la economía de mercado en China, nuestra izquierda se rehusó a estudiar y debatir a fondo la enorme significación de esos hechos. Si estas tres mutaciones casi cósmicas—que, junto con la emergencia de la India, han redibujado el mapa económico del siglo XXI—no modificaron sus ideas sobre el papel relativo del Estado y el mercado, parecería que nada la hará cambiar.

La proclividad ideológica (eco remoto de la enseñanza escolástica de los siglos coloniales, para la cual las opiniones contrarias eran delitos) conduce al dogmatismo. En círculos radicales de izquierda (sobre todo en la prensa doctrinaria y las universidades) se ejerce la “Tolerancia Cero” con las posiciones divergentes, a las cuales se tacha invariablemente “de derecha”. En un ambiente de polarización extrema no hay lugar para la moderación ni el debate. En el fondo de su corazón, un sector radical de la izquierda sigue creyendo en la revolución social (aunque sea con minúscula, en su versión blanda, suave, de baja intensidad) como palanca de la historia.

Los estudiantes del 68 pensábamos en la Revolución, no en la democracia. La izquierda mexicana sigue atrapada en ese dilema y por eso el legado de 1968 está inconcluso. Esa indefinición es una desgracia porque sólo una izquierda moderna y liberal puede transformar a México. Y por una consideración más: dada la importancia de México en la geopolítica latinoamericana, una izquierda liberal y moderna podría ser una excelente interlocutora con un posible gobierno demócrata en Estados Unidos, para crear juntos una versión renovada y perdurable de la Alianza para el Progreso. No podemos esperar a 2018 —el cincuenta aniversario del movimiento— para que todo eso ocurra. —

— ENRIQUE KRAUZE

## LITERATURA

### ESTO NO ES UNA NECROLÓGICA

**U**NO. Hay algo de paradójicamente triste —más allá y muy por debajo de la tristeza sin atenuantes ni gracia alguna— en contar con tan poco espacio para escribir sobre el inmenso, expansivo e incommensurable David Foster Wallace. Si hubiera algo de justicia espacio-temporal en este mundo, su necrológica debería —correspondiendo a su estilo y



David Foster Wallace (1962-2008).

estética— ocupar por lo menos toda esta revista y estar bordada con numerosas y exhaustivas notas al pie.

Pero no.

Seamos breves: el pasado viernes 12 de septiembre el escritor norteamericano David Foster Wallace (Ithaca, New York, 1962) tomó la decisión de quitarse la vida (aquí debería insertarse una nota al pie explicando en detalle la historia y los diferentes modos de anudar una sogá para ahorcarse) y su cuerpo fue encontrado esa noche por su mujer en su domicilio de Claremont, California. Los que lo conocían mucho o bien no parecen haberse sentido muy sorprendidos por la mala noticia.

Buena noticia: esto no pretende ni quiere ser una necrológica. Esto quiere —y espera ser— una contratapa sobre una de las obras más vivas y seguramente perdurables en la literatura contemporánea Made in USA.

DOS. Y me enteré de la muerte de Wallace mientras terminaba de leer *Bridge of Sighs*, la nueva novela de Richard Russo. No creo que entre las muchas necrológicas dedicadas en estos días a Wallace vaya a haber una que mencione a Richard Russo junto a su nombre. Pero —ya lo advertí— esto no es una necrológica. Y no se me hace difícil relacionar a uno y otro escritor. Me explico: Wallace y Russo —cada uno a su manera y desde las antípodas de sus escritorios pero, por lo general, con generoso volumen de páginas y talento— cuentan lo mismo: la desintegración de los Estados Unidos desde la entropía de familias atrapadas en pueblos pequeños o en los inmensos

infiernos de estructuras corporativas más o menos eficaces.

De este modo *Bridge of Sighs* —con su cálido costumbrismo y su lóbrega picaresca— está mucho más cerca de lo que parece de *La broma infinita*: mágnimo opus (1.079 páginas en mi primera edición americana de 1996, igual número en la reedición subsanando erratas del 2006 y con prólogo de Dave Eggers) y lápida pesada por la que Wallace fue celebrado en vida y ahora evocado en la muerte. Una diferencia clave y decisiva entre russo y Wallace: el primero funciona como una herramienta del lenguaje, mientras que el segundo hace del lenguaje su herramienta.

TRES. “¿Es David Foster Wallace, como algunos creen, el escritor más importante de su generación? Está claro que cuenta con la combinación necesaria de intelecto, talento y ambición en cantidades extravagantes”, se preguntaba primero y se respondía a medias la entrada que le dedicó *Salon.com Reader’s Guide to Contemporary Authors* (Penguin, 2000). Y ahí —voluntaria o involuntariamente— estaba todo el dilema y el enigma. El lanzamiento de *La broma infinita* fue casi similar al que se dedica a vender a un presidente. Campaña bestial de publicidad y marketing para un libro que descendía directamente de títulos como *Los reconocimientos* de William Gaddis, *El arco iris de gravedad* de Thomas Pynchon, *El túnel* de William Gass y —antes que nada y nadie— del *Tristram Shandy* de Lawrence Sterne, del *Moby Dick* de Herman Melville, de *El hombre sin atributos* de Robert Musil y de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust.

Así, *La broma infinita* gozó y padeció de una enorme atención mediática y mereció ese particular tratamiento que recibe toda Novela King Kong: el de ser adorada por nativos y celebrada por turistas a la vez que se la abate.

Losturistas dijeron primero “ahhhh” y después “oooogh”.

Los nativos, claro, eran aquellos que venían siguiendo a Wallace desde antes, desde su debut novelístico *The Broom of the System* (de 1987, que continúa inédito

en castellano junto al tratado *Signifying Rappers: Rap and Race in the Urban Present* (1990) escrito junto a Mark Costello; el resto ha sido publicado por Mondadori) y los relatos o micro-novelas reunidas *La chica del pelo raro* (1989) así como sus formidables ensayos y artículos periodísticos (para muchos lo mejor y lo más influyente y trascendental de su obra) que no demorarían en ser reunidos primero en *Algo supuestamente divertido que no volveré a hacer* (1997) y luego en *Hablemos de langostas* (2005).

Pero *La broma infinita* fue y sigue siendo uno de esos momentos clave dentro del panorama literario que no es otra cosa que —como la novela de Wallace— el constante eco de un chiste sin final proyectándose hacia el abismo: la vieja y eterna discusión —a eso se refiere Eggers en su introducción— de *difícil versus fácil* y todo eso. De ahí que no demoraran en aparecer *sites* de internet enteramente lanzados a la decodificación de la novela, guías de lectura completamente dedicadas a la explicación y simplificación de los múltiples vericuetos del monstruo, y abundaran las polémicas en los medios y *vernissages* en cuanto a si Wallace era inventivo o, apenas, un invento. Y fueron muchos y demasiados lo que se olvidaron de decir lo más fácil de decir: que la formidable saga casi-futurista estaba muy pero muy bien escrita y que abundaba en momentos emocionantes y sensibles acercando a Wallace a las tierras de Salinger y Vonnegut a la vez que lo consagraban como el mejor estilista y escritor satírico de su generación junto al *american psycho* Bret Easton Ellis. Y que —tal vez lo más importante de todo para algunos— *La broma infinita* había sido, seguramente, un libro difícil de escribir pero fácil de leer.

En una entrevista, Wallace —sobrevivido hoy por colegas y amigos en la misma brecha como Rick Moody, William T. Vollmann o Richard Powers— explicó sus intenciones con sintética claridad: “Yo tuve un profesor que me caía muy bien y que aseguraba que la tarea de la buena escritura era la de darles calma a los perturbados y

perturbar a los que están calmados”.

Misión cumplida entonces.

CUATRO. Luego de *La broma infinita*, la situación de Wallace se complicó para todos aquellos complicadores que lo consideraban nada más que un complicado.

Las reseñas de los relatos de *Entrevistas con hombres repulsivos* (1999) y *Extinción* (2004) fueron aprovechadas por algunos como la turbia oportunidad de querer ser tan graciosos como Wallace sin conseguirlo. “Citaría aquí alguna oración de algún relato de *Extinción*, pero no me quedaría espacio suficiente para el resto de la crítica”, escribió en su momento el encargado de la sección de libros de *The Seattle Times*. El revulsivo ensayista y crítico, Dale Peck, afirmó que lo que en realidad buscaba Wallace con su prosa —lo que más o menos inconscientemente expresaba— eran “sus ganas de ser sodomizado”. Otro, el de *The Miami Herald*, más cauto pero igualmente espantado, aseguró que “pocas veces ha existido un escritor que desprecie más a los lectores”. Un tercero, en *Harper’s*, concluyó con cierta preocupación que “Wallace está en su derecho de escribir un gran libro que sólo gente como él pueda entender. Me gusta pensar que yo soy uno de ellos; pero no tengo la menor idea de cómo convencerlos a ustedes que también son parte de ellos; y tampoco, me parece, sabe cómo hacerlo Wallace”.

Bromas finitas

Y quien ríe último ríe mejor y una de las últimas “bromas” de Wallace fue la publicación —en el 2003, en una colección científica, otro libro suyo que no se tradujo porque posiblemente sea imposible de traducir— de *Everything and More*, subtulado irónicamente como *Una historia compacta del infinito* y cuya meta es, en apenas poco más de 300 páginas rebosantes de fórmulas y gráficos, exactamente eso: la historia de la idea de lo incesante, de lo que no termina, de lo que no puede acabarse. En la contraportada, James Gleick lo celebraba con un “Wallace + lo infinito: ¡maravillosa pareja!” Y

agregaba aquello que muy pocos críticos supieron escribir o poner por escrito porque, tal vez, no podían o no querían verlo: “Ésta es la más exquisita (e hilarante) ensayística científica. Wallace abraza la incompatibilidad de las matemáticas y la prosa y extrae arte de ella. Y, también, cuenta una gran historia”.

Parfraseando a Gleick, Wallace abrazó en sus ficciones y no-ficciones la supuesta compatibilidad entre el cerebro y el corazón.

Y nos regaló grandes historias.

CINCO. Y en ocasiones la muerte de los escritores resucita a los libros. Descubro —mientras escribo esto— que, en el ranking de la librería virtual *Amazon*, *La broma infinita* (no es broma, aunque tiene su gracia) ha trepado hasta el puesto número 16 de los libros más vendidos.

Buena noticia resultante de una mala noticia y, cabe pensarlo, a Wallace le habría divertido: El Año del Escritor Suicida, etc.

Pero —más vale tarde que nunca— bienvenidos sean aquellos que recién llegan a esta broma y a ver cuántos perseveran hasta el final de una gran novela ahora seducidos por el impacto mediático del *The End* trágico de una breve vida.

Lo mejor, pienso, es no pensar —intentar no pensar— en su triste remate.

Ahí está —mejor esto— lo que Wallace escribió sobre los relatos de Kafka en *Hablemos de langostas*. Los definió como “una especie de puerta” y nos propuso “que nos imaginemos acercándonos y llamando a esa puerta, cada vez más fuerte, llamando y llamando, no sólo deseando que nos dejen entrar sino también necesitando; no sabemos qué es pero lo sentimos, esa desesperación por entrar, por llamar y dar porrazos y patadas. Y que por fin esa puerta se abre... y se abre *bacia fuera*: que durante todo el tiempo ya estábamos dentro de lo que queríamos”.

Pasen a donde ya estaban y lean y sigan leyendo.

Esto no es una necrológica. —

— RODRIGO FRESÁN

## GÉNEROS

## ESTE CUENTO YA SE HA TERMINADO

¿Qué es un cuento breve? Algo que cabe en esta línea y como mucho en otras dos. Que nueve de cada diez veces menciona a un dinosaurio insomne cuando se habla de él, y ésta es una de ellas. Que otras cinco de cada diez recuerda el anuncio ofreciendo unos zapatos de niño, “nuevos”. Que “está de moda”, una expresión detestable, sobre todo porque siempre implica a demasiados. Que por consiguiente alguien cree que se puede ganar dinero o prestigio con ello, organiza seminarios, antologías, talleres y cosas, y lo gana. Y que todos los escritores aficionados y los críticos sin imaginación creen que es algo fácil, también hablar sobre él. Hasta ahí lo científicamente demostrado. A partir de ahí, un enigma.

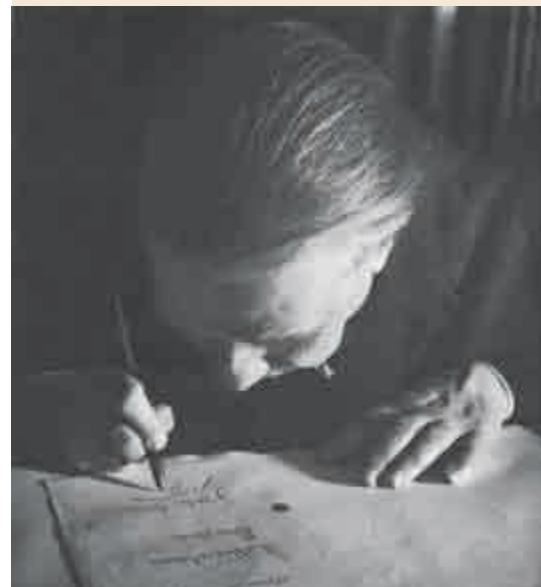
Más que su realización eventualmente feliz —muy eventualmente—, a mí me interesan otras cosas. Primero su ritmo, claro, que creo es donde anida el verdadero éxito del asunto, aunque no sé muy bien cómo se puede hablar de éxito, hoy en día, con nada que tenga que ver con la literatura (no hablo, es obvio, ni de ventas ni de premios). Luego su recorte. Después su carácter fotográfico —se ve un cuento breve como se ve una foto, como mucho como se ve un cuadro—, y más tarde su carácter de “necesidad”: y ello a propósito de aquella demostración de Borges, en un programa de radio, en la que un frutero iba desmontando todas las palabras del letrero “Hoy se vende pescado fresco”, por innecesarias, hasta dejar a su vecino el pescatero sin el cartel (orgulloso de su sensibilidad filológica, es de suponer, pero un poco humillado y como huérfano de su cartel. ¿Y qué es la vida hoy sin un cartel? Ése podría ser un novelón).

Tal vez hablar de *ritmo* sería excesivo porque para cuando el cuento breve se ha marcado el *uno, tres, tres* de una cumbia, pongamos por caso (es un decir),

ya se ha salido de la pista, ya no es un cuento breve, ya lo han echado de la fiesta, ya es un inmigrante *devuelto por carecer de (los) papeles (que (a alguien) le importan)*<sup>1</sup>. O sea que el cuento ha de golpear una sola vez, como una metáfora, la unidad de medida de la poesía. Y de ahí la propuesta: ¿Conviene convocar un congreso sobre el tema: *¿Es el cuento breve poesía? (y al revés)*, que lanzo desde aquí.

Inventor casi (al final de su vida) de la concisión y la sobriedad en la escritura del castellano, Borges pensaba, según cuenta Bioy en su impagable testimonio de 1.663 páginas (Destino)—cientos si no miles de aforismos, sugerencias, pistas y cuentos breves—, que un cuento se diferencia de una novela en que se puede contar, no hay que leerlo. Una, por otra parte, vieja superstición que se puede encontrar en unos cuantos manuales sobre el cuento. Tal vez no había pensado en el cuento breve que sí hay que leer pues su maestría, como el rápido esbozo de un Matisse, consiste precisamente en la distribución y calibrado de sus escasos elementos. ¿Se imaginan que en cambio se hubiese escrito: *Al despertar, tras un sueño intranquilo, el dinosaurio se encontró convertido en un monstruoso insecto?* No funcionaría. (Obsérvese al paso que muchos comienzos de novela son excelentes cuentos breves, a veces estropeados por su desarrollo). En su penúltimo cuento, “La rosa de Paracelso”, Borges escribió en cambio: “En su taller, que abarcaba las dos habitaciones del sótano, Paracelso le pidió a Dios, a su indeterminado Dios, a cualquier Dios, que le enviara un discípulo. Atardecía”, que son las tres líneas narrativas que yo conozca en las que se dicen más cosas (con más peso) en menos espacio, más aún que la primera página de *El aleph*, en la que no se puede cambiar de lugar ni una coma, ni una sílaba, sin que se caiga todo el edificio. Si quiere haga la prueba. Pero asuma la responsabilidad.

<sup>1</sup> Mézclense paréntesis y cursivas y véase que las sucesivas combinaciones son otras posibles de cuentos breves, largos, novelas, y hasta de seminarios de política, filosofía del derecho, lenguaje políticamente correcto, etcétera.



Borges, “inventor casi de la concisión”.

Lo más intrigante de todo es quizá el atractivo del cuento corto en este tiempo más bien obvio y explícito. Pues lo esencial del cuento corto sería la sugerencia, ¿no? Más allá del dato escondido, de la trama, el secreto desvelado, la narración a medias, el aplazamiento indefinido del clímax y otras técnicas antiguas para conseguir el mismo fin... el arma del cuento corto es su sugerencia. Tal vez su objetivo último. Es además la condición misma de su existencia.

Otra condición es que apenas se le vea. Seguro que la mayor parte de los cuentos breves que nos rodean pasan inadvertidos. Como Monterroso, uno de los papas de esa nueva fe, que hacía alarde de ser chiquito desde pequeño. ¿Conocen ustedes a muchos autores de *cuentos cortos*? (¿Cómo se llamaría la especialidad?: ¿*cuentista breve*?... ¿*chiquito*?... ¿*tímido*?... ¿*francotirador enano*?)

Por todo ello no deja de ser notable que *La glorieta de los fugitivos*, de José María Merino, publicado por Páginas de Espuma y que recoge toda su obra breve hasta la fecha, fuese elegido hace unos meses como el mejor libro del año 2007 por el jurado de escritores del premio Salambó, del que yo formaba parte en esta edición. ¿Notable, digo? Extraordinario, más bien... ¿no?

— PEDRO SORELA

## SEMBLANZA

# LA BRÚJULA DE SOLIDARIDAD

“Hace exactamente diez años, en agosto de 1980, estalló una huelga obrera en los astilleros navales de Gdansk, huelga que se transformó de un día para otro en una insurrección nacional.” Así comenzó su relato Bronislaw Geremek (1932-2008), que resultaría un recuento lúcido y redondo de la historia polaca desde el nacimiento de Solidaridad. Había hecho a un lado con una sonrisa mis repetidas disculpas. El ritmo de las mesas, conferencias y entrevistas del encuentro de la revista *Vuelta* “La experiencia de la libertad” durante la primera semana de la reunión había hecho imposible acordar una cita con Geremek antes de ese sábado. Habíamos recorrido las laberínticas instalaciones de Televisa San Ángel, en medio de la penumbra y el silencio, hasta llegar al pequeño estudio donde los técnicos esperaban impacientes la grabación de esa última entrevista del ciclo que me había tocado en suerte hacer con muchos de los participantes. Geremek desechó todos los inconvenientes –incluyendo la ausencia de traductor–, se colocó la indispensable pipa en la boca y empezó a hilar, en su francés impecable, los muchos cabos de la historia de Solidaridad y su participación en el movimiento.

Se había presentado en los astilleros del puerto polaco de Gdansk poco después del estallido de la huelga que encabezaba un electricista bigotón llamado Lech Walesa. Llevaba una carta de apoyo firmada por sesenta intelectuales. “No sabemos cómo hablar con la autoridad, ¿pueden ayudarnos?”, le preguntó Walesa. “Y le contestamos que sí”, me contó Geremek. La fructífera relación entre los intelectuales y los obreros de Gdansk culminó en la mesa redonda de 1989. Geremek coordinó la posición de Solidaridad y redactó el documento final que permitió a Polonia transitar de la dictadura a la democracia. El régimen tuvo que con-

vocar a elecciones parciales, pero libres y democráticas. El electorado acabaría por instalar a Walesa en la presidencia en 1990, y a Bronislaw Geremek en el Parlamento.

Sin embargo, la labor de Geremek había empezado antes de 1980. La caída del régimen comunista polaco fue posible gracias al fortalecimiento de la “sociedad civil”, proceso que enfrentó a todos los sectores de la sociedad con el Estado. A diferencia de otros movimientos disidentes polacos que habían fracasado en años anteriores, en 1980 a los obreros se sumaron los campesinos, los estudiantes, la *intelligensia* y la iglesia católica. Geremek había llevado a cabo tareas fundamentales para fortalecer esa “sociedad civil” como maestro de las “universidades voladoras” –instituciones clandestinas que educaron a toda una generación de polacos–, como miembro de los grupos intelectuales que crecieron bajo el manto protector de la iglesia católica y como uno de quienes arriesgaron por años su libertad y su vida para publicar periódicos con información prohibida que circulaban de mano en mano.

“La indiferencia y la pasividad”, subrayó Geremek apuntándome con su pipa, “son las bases reales de cualquier régimen totalitario. La sociedad civil, en cambio, es una sociedad activa. Precisamente ahí, en la formación de una sociedad civil, está el genio del pueblo polaco.” Palabras preñadas de un sano nacionalismo que tienen vigencia en cualquier latitud, aun ahora, exactamente veintiocho años después del estallido de la huelga en los astilleros de Gdansk.

Bronislaw Geremek era un especialista en historia medieval francesa. Para ser precisos, en la historia de la vida de los marginados en la Francia del medievo. Cuando se presentó en Gdansk, me dijo, llevaba en sus maletas las pruebas de un libro suyo, en francés, sobre la Edad Media. Estaba seguro que tendría tiempo para corregir esas planas, pero fue imposible. No sé si llegó a publicarlo, pero la anécdota me dio pie para tocar un tema esencial

para él y para cualquier intelectual que se meta en política: la relación entre la *intelligensia* y el poder; entre las dos éticas incompatibles que describió de manera inmejorable Max Weber: la de la política, que es la de la eficacia, y la del intelectual, que radica en la búsqueda independiente de la verdad y el ejercicio de la crítica. Geremek, inteligente, erudito y lúcido, justificó su posición acudiendo precisamente a los valores morales ajenos a la política: “Max Weber planteó muy bien el dilema”, me dijo, “pero en un contexto totalmente diferente. En una sociedad totalitaria, el compromiso público del intelectual parte de imperativos éticos”.

Esos imperativos lo llevaron al Parlamento, a defender el establecimiento de una economía de mercado en Polonia a pesar de sus costos sociales, a aceptar el cargo de ministro de Relaciones Exteriores entre 1997 y 2000 y, finalmente, a representar a su país en el Parlamento Europeo. Sería insensato no reconocer los logros de su labor política: el proyecto económico que defendió sentó las bases del progreso actual de Polonia; su labor en el Parlamento fue fundamental para consolidar las instituciones democráticas del país y, como secretario de Relaciones Exteriores, amarró a Polonia a la OTAN y abrió la puerta a las negociaciones que llevaron al país a incorporarse a la Unión Europea.



Bronislaw Geremek.

Sin embargo, y después de su trágica muerte en julio pasado, con la perspectiva de la distancia, es innegable que desde un principio, poco después de la mesa redonda de 1989, los “imperativos éticos” que llevaron a Geremek a la política dejaron de existir: habían muerto junto con el régimen comunista totalitario. Más allá de sus éxitos políticos, el brinco de Geremek de la ciencia a la política privó a Polonia del mejor de sus críticos independientes, de una brújula de la sociedad civil. Me preguntó cuántas veces lo habrán asaltado las palabras con las que cerró la entrevista, horas después de habernos sentado a la mesa, cuando camarógrafos y técnicos habían tirado ya la toalla y nos habían dejado solos. “En ocasiones, ante los hechos”, reflexionó en voz baja, “me queda una sensación de derrota, porque pensaba que en nuestro país las cosas serían de otra manera, que llegaríamos a construir una vida política distinta. Pero no fue así, y por ello nos sentimos impotentes ante la lógica implacable de la política”. —

— ISABEL TURRENT

## CUMPLEAÑOS LÉVI-STRAUSS CUMPLE CIEN AÑOS

Judío francés de origen alsaciano, Claude Lévi-Strauss (Bruselas, 1908) marcó intelectualmente toda la segunda mitad del siglo XX. Amante del campo más que del mar, enamorado de la geología y de la música, este complejo relativista y ecologista no ha dejado de ser un referente a la hora de pensar cuestiones fundamentales relativas a la naturaleza del hombre y de la historia. La obra de Lévi-Strauss produce una suerte de vértigo intelectual, paralelo al de ciertas grandes construcciones científicas, aunque, al igual que éstas, no deje de apoyarse en unas ideas relativamente sencillas. La sencillez de la idea (digamos improvisadamente: el estructuralismo de Lévi-Strauss se basa en la noción de que la cultura, los signos y los significados son una traducción de superestructuras



Claude Lévi-Strauss.

naturales, regidas por un código, en la que lo individual se sume en una relación que, al tiempo que le da sentido, posee un significado estructural: no hay historia sino naturaleza) puede llevar a muchos malentendidos y a un reduccionismo que lejos de comprender juzga. Aunque Lévi-Strauss es citado por activa y por pasiva desde que en 1949 publicó *Las estructuras elementales del parentesco*, pocos que no sean de la profesión se han internado en esa *selva selvaggia* donde la clasificación más reflexiva puede hacernos perder el pie y ser devorados por ella si ignoramos el hilo que recorre el laberinto: en el fondo, la idea es más visible que el bosque. Pero el hilo sirve para llegar al centro, es decir, en este caso: para leer su mundo con claridad. Desde que surgió su obra inicial, Lévi-Strauss provocó fascinación y polémica. Se recordarán las páginas de *El pensamiento salvaje* en las que se discute la filosofía de la historia de Sartre (el hombre es un ser dialéctico, la dialéctica tiene historia) que, a su vez, había arremetido sobre el mito, precisamente por su ahistoricidad, relegándolo a una especie de rito para homúnculos. El etnógrafo, un materialista clásico, venía de descubrir que los pueblos salvajes (sin escritura, sin historia) actuaban como grupos con tanta lógica o más que Sartre, y esa realidad, la de la racionalidad que informa a los mitos y costumbres del hombre salvaje, había sido inadvertida o despreciada. Fue un

curioso enfrentamiento entre dos pensadores que, de modo muy diferente, se apoyaban en Marx (Lévi-Strauss nada políticamente). Enseguida, el estructuralismo, más o menos riguroso, se convirtió en moda, ajeno a la tradición de Benveniste y Dumézil. La moda derivó en tópicos que, en la crítica literaria, hicieron estragos en relación a los aspectos subjetivos y el lugar del yo en el texto. Si el realismo socialista pasó como una aplanadora sobre la libertad creadora, la crítica estructuralista y semiótica más vulgar -es decir, la mayoría- convirtió a la novela y a la poesía en un retruécano habitado por el viento y la pedantería. Pero el autor de *Tristes trópicos* (1955) continuó sus investigaciones en *Mitológicas: Lo crudo y lo cocido* (1962), *De la miel a las cenizas* (1967), *El origen de las maneras de mesa* (1968) y *El hombre desnudo* (1971). De ellos se deduce, además de muchas otras ideas, una crítica feroz del progreso, así como una desmitificación de los prestigios de la complejidad como depositaria de un mayor conocimiento. Por otro lado, el moralista que no ha podido dejar de ser Lévi-Strauss, se ve enfrentado como etnógrafo a una observación objetiva, convirtiéndose en un instrumento de lo observado al servicio de la mera racionalidad. De ahí también la defensa (imposible) de su “objeto” de las posibles alteraciones fastas o nefastas de la civilización moderna.

De sus libros menos científicos, entre los cuales *La mirada lejana* (1983) y *Mirar, escuchar leer* (1993) ocupan un lugar destacado, numerosos lectores en muchas lenguas tenemos debilidad por las indelebles memorias de un antropólogo que son *Tristes trópicos*. Este viajero que odiaba los viajes y a los exploradores ha sido, sin embargo, un aventurero que ha incurrido en diversos mundos. Él mismo confiesa que tenía (¡y tiene!) una “inteligencia neolítica”: devasta territorios y los germina para dejarlos luego atrás. Uno de los aspectos que sorprenden es la acusada sensibilidad de su autor, y no sólo con relación a los indígenas. Su atención a los olores y a los colores es fantástica, y no es extraño que reiterara, como nos recuerda su estudiosa y amiga Catherine

Climent, que “aprender pasa por el cuerpo”; también, pensar tiene cuerpo. Son memorables las páginas dedicadas a los mercados orientales y occidentales que visitó (y fueron muchos).

Con algunos matices, sus ideas fundamentales nunca cambiaron, a pesar de las hondas reservas, amables o agresivas, que su obra suscitó. En nuestra lengua, *Claude Lévi-Strauss o El nuevo festín de Esopo* (1967), de Octavio Paz, sigue siendo un libro importante, más allá de algún que otro matiz, tanto por su claridad analítica como por su lucidez crítica. En una carta a Tomás Segovia, Paz le comenta que recibió del gran sabio francés una larga respuesta a la lectura de su libro, “que me ha conmovido de verdad”. Es conocida la posterior amistad entre ambos: un diálogo que algunos oyeron pero que, como tanto de lo que importa, carece de historia. Ambos compartían el amor a las culturas distintas y distantes (en las que encontraban parecidos y cercanías), fueron amigos de Breton y del surrealismo, los dos conocían y amaban el mundo japonés, los dos profesaron un interés crítico por la filosofía y curiosidad por las ciencias; los dos, en distinto grado y con lecturas y experiencias no del todo coincidentes, se interesaron por el budismo y fueron tocados por la India. Otras cosas los diferenciaban: en Paz la música (Lévi-Strauss es un melómano, apasionado de la ópera) no fue central sino un acompañamiento tardío. El mexicano fue menos conservador, y tuvo menos respeto intelectual por las instituciones. Aunque pensó que el hombre no era una esencia sino una historia, no creyó que fuera mera historia ni un momento de la lógica de la naturaleza, y eso fue motivo en Paz de una continuada reflexión que en el escritor francés tuvo una presencia episódica. Por último, y sin necesidad de agotar las afinidades y diferencias, los dos exaltaron la importancia de la mujer. Hay que recordar que Lévi-Strauss ha sido y es un gran defensor de la presencia de la mujer en la sociedad, de ahí su crítica al Islam al hacer del mundo de la mujer un espacio cerrado; Paz al pensar en la tradición y el significado del enamoramiento, señaló que sus momentos

más ricos coinciden con un grado mayor de la libertad femenina.

La parte última de *Tristes trópicos* puede figurar entre las páginas más bellas que la literatura francesa ha dado en su siglo. En ellas afirma: “Si el individuo ya no está solo en el grupo y cada sociedad ya no está sola entre las otras, el hombre no está solo en el universo”. Sin tener en cuenta esto quizás no podemos alcanzar a comprender del todo al hombre que ha sido y es Lévi-Strauss y los motivos más personales de su obra. Más allá de las afinidades o diferencias últimas, es difícil leerlas sin emoción y admiración. Creo que ambos términos son los adecuados para cerrar estas líneas sobre tan grande escritor. —

— JUAN MALPARTIDA

## BRINDIS POR EL POETA ALEJANDRO AURA

Alejandro Aura, como muchas personas de vida prolija y sustanciosa, no fue uno sino muchos: un hijo del barrio de San Rafael que escapó de la rutina de una escuela triste para hacerse hombre y recorrer las calles sin un peso; un joven poeta que asistió a la Casa del Lago para aprender de Juan José Arreola a pasearse por la lengua cada verso; un rebelde que en el año de 1968, con la camisa abierta, el pecho al descubierto y ampliada su voz por un megáfono, llamaba a su generación a defender la vida y la alegría del odio de las armas, mientras en los muros de algunas fachadas universitarias los estudiantes reproducían sus versos; un mexicano curioso a quien su primera mujer, la poeta Elsa Cross, invitó a conocer el mundo; un escritor joven que recorría los cafés literarios de la Zona Rosa sin dinero para el capuchino, pero que ganaría el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes, porque se declaraba desde el verso “Listo para vivir/ a todo viento,/ libre de la desdicha y de la dicha”, y había confesado que los suyos, los de su generación, los de la plaza del

2 de octubre, los del pelo largo y las canciones de protesta, los del amor libre y las utopías fecundas, no eran la amenaza beligerante que la paranoia diazordacista inventaba, sino personas “libres/ como el zorro;/ aguzados,/ famélicos a veces,/ perdedizos/ y con suaves y ondulantes colas/ para menear el viento.”.

Aura fue también el actor y dramaturgo del *Salón Calavera*, maestro de ceremonias en la noche del drama y el deseo, en la fiesta de la vida que bailan rumberas y homicidas, y junto a Enrique Lizalde, Claudio Obregón y otros compañeros se embarcó en la aventura de fundar un sindicato de actores independiente de las mafias que han assolado ese gremio —como tantos otros en nuestro país. Pero fue además el ciudadano que abrió un bar en el centro de Coyoacán para convocar a sus contemporáneos al diálogo en torno a la mesa, en libertad, en su tinta, con la copa llena y un inagotable menú de intereses y curiosidades. En las dos casas que albergaron a El Cuervo y el Hijo del Cuervo, Alejandro, junto a su gran cómplice, la escritora Carmen Boullosa, ejerció de noctámbulo, y acompañó, de ambos lados de la barra —con tacuche de galán y sonrisa de pájaro— las nieblas y los amaneceres de elocuentes dipsómanos y mujeres encantadoras.

Recuerdo también a Aura en Veracruz, habano de San Andrés entre los dedos, a punto del danzón y el entusiasmo, bailando y cantando a Agustín Lara; y al *dóberman*, como él mismo se definía, que agarraba el micrófono con la avaricia de un perro por su hueso; y al que miraba a la cámara buscando tras ese ojo inexpresivo los ojos verdaderos de todos nosotros.

Además de un padre enamorado, generoso y libertario —le debo para siempre los ojos de María y Juan, y la amistad de Pablo y Cecilia—, Aura fue un lector gozoso, que despilfarraba las palabras y que fundaba, acompañado por Pablo Boullosa y Arturo Beristáin, cofradías de lectores para abrir las puertas de los libros a todo el vecindario. Fue divulgador de lo cultural por vocación —así en el oficio como en el vicio—, y recuerdo con especial admiración y





Alejandro aura, 1944-2008

cercanía, al servidor público, al lúdico e irreverente: hasta donde me alcanza la memoria, el mejor funcionario cultural que la ciudad se haya dado a sí misma, y que renunció a la dirección de su política cultural cuando la autoridad mostró desinterés por el arte y la cultura, porque él deseaba, como su querido amigo Efraín Huerta, un mundo más justo, más libre y más generoso, y para luchar por eso no le era imprescindible un puesto en ningún gabinete.

También compartí un Alejandro que vivía en el barrio madrileño de las musas, vecino de Lope, Cervantes, Góngora y Quevedo, donde no perdonaba el fino de Jerez del viernes en La Venencia, con la fotógrafa Valentina Siniego, y que del brazo de Milagros Revenga, su última y amada compañera, participaba con desenvoltura en la zarzuela cotidiana que sucede a diario en las aceras de esas calles, donde divulgó con entusiasmo la diversidad de la cultura mexicana y fue capaz de transformar la rutinaria y rígida vida de embajada en una continua conmemoración de los lazos y los afectos, y las desavenencias también, que unen las culturas de México y España —todo ello gracias, en un primer momento, al apoyo de Gerardo Estrada y al de su estimado amigo Gabriel Jiménez Remus, entonces embajador de México en España, hoy en Cuba, así como al interés y solidaridad, después, de Amalia García, gobernadora de Zacatecas, quien invitó al poeta a promover a ese estado, tan querido por él, en tierras españolas.

Aura no podía dejar de conversar, y si en los primeros años en España

echó a andar el programa de radio *Hora México* en la estación del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y más tarde volvió a sus tertulias literarias de sobremesa transmitidas aquí por canal 22, ya menguada su salud por la enfermedad, abrió en el ciberespacio una ventana para contarnos lo que estaba viviendo, para compartirnos su lucha contra la muerte, sus poemas y reflexiones. Fue desde ahí que se despidió este verano con las palabras justas, con valor y dignidad, pero sobre todo, amablemente, amantísimamente.

Todos estos rostros, y muchos otros, tuvo Alejandro Aura, porque como él mismo dijo en *Volver a casa*: “Las máscaras/ que supimos hacer/ no eran para ocultar/ sino para que resaltaran/ nuestros rostros/ verdaderos”.

Para Alejandro Aura, la palabra fue presencia: su poesía no evocó solamente: convocó, nos convocó. Fue su manera de pertenecer al mundo, de descubrirlo, de hacerse de él. Porque Aura es un poeta que nos hizo oír su voz no para imponer su punto de vista, ni su gusto, ni su poética, sino para participar, por el profundo placer de convivir. Su poesía es elocuente y a veces teatralmente exaltada, *ma non troppo*, porque su alma es de jardinero y cocinero: terrenal, doméstica, inaugural, interior y fraterna: pura afirmación del hecho sorprendente de la vida.

En sus últimos poemas, como en sus últimos días, Aura se impuso un rigor formal, una conciencia crítica de su escritura, lúdica y contenida a la vez, donde le ofreció al dolor del cáncer clases magistrales de humor y de estoicismo. Nada de autocompasión frente a las sombras de la muerte: Aura nos dejó de testamento, como su amigo y colega Víctor Hugo Rascón Banda, la heroica, por sencilla y cotidiana, defensa de la vida.

Nadie como Aura para salir a cosechar los frutos del mar y de la tierra en los mercados, para batirse en el fuego de las cocinas y regalar a sus amigos la fe en los alimentos, el culto al vino y los mezales, sin inquebrantable lealtad a la amistad. Para Alejandro, el banquete comenzaba debatiendo el precio del pescado y

sólo terminaba cuando la conversación se hacía ceniza y se apagaban las colillas del tabaco, tras el desfile de las palabras en las pasarelas del humo.

Aura amaba conversar casi con cualquiera, y ser saludado por todos, incluso por los insulsos, a los que agradecía con una sonrisa bien interpretada. Pero el verdadero placer narcisista de Alejandro era ser reconocido en los portales de Veracruz, en el zócalo de la ciudad de México, en el malecón de la Habana, por el camarero del café, por la vendedora de verduras, por los músicos de la orquesta, por el bodeguero del vino y el afilador de cuchillos: amaba el ágora de las calles, las que son de todos, las que no tienen más dueño que el que las camina, el que las goza y padece, el que las vive y enamora.

Aun cuando compartí con Aura su alegría de andar por las calles y las plazas, y tomados del brazo trabajamos, junto con tantos otros (Enzia Verduchi, Andrea González, Crisanto Cacho, Jorge Legorreta, Roberto Vázquez, Marcos Rascón, Víctor Meza —quien nos dejó apenas unos días antes de que Alejandro se marchara, y fue el arquitecto que hizo realidad el deseo de Aura de construir una red de mil Libro-Clubs en la Ciudad de México—, Inti Muñoz, Benjamín González, Agustín Estrada, Fabrizio Mejía, Conrado Tostado, Ernesto Lumbreras, Jorge López, Magali Tercero, Marcos Deli, Evangelina Ocio, y muchos, pero muchos, más), convocados todos por Cuauhtémoc Cárdenas para hacer de la democracia recién inaugurada en la ciudad una fiesta de renovación para la cultura, y demostrar así que es posible una política cultural de izquierda para México, pensada para integrar y no para excluir, libre de la dictadura comercial que venda los ojos del gusto y deforma la sensibilidad, defensora de las libertades, de la diversidad, del libro y la lectura, de las altas manifestaciones del espíritu humano, que lo mismo se producen en las aulas y los conservatorios, que en los barrios, los pueblos y las comunidades; aun cuando creo que fue justo entonces cuando lo vi más

feliz, más pleno, más convencido de lo que estaba haciendo mientras bailaba a Celia Cruz en el Zócalo, recorriamos el Faro de Oriente en construcción o inaugurábamos un Libro-Club en la colonia Guerrero, tengo que reconocer que nada me ha dado tanto placer de su persona como compartir con él la mesa, y verlo disfrutar del gozo que su oficio cocinero procuraba a sus invitados.

Confieso que durante años pasamos del plato al digestivo, y que gocé muchísimo escucharlo leer en la sobremesa sus poemas—incluso los que no me gustaron—porque su amor a la poesía, a la oralidad de la poesía, le devolvía a ésta su valor ritual, civil, colectivo, familiar.

Me disculpo si la siguiente imagen transgrede alguna nueva ordenanza contra los fumadores; pero yo siempre voy a recordar a Alejandro fumando un puro y con una copa de ron o de mezcal, con esos ojos cargados de picardía, humor e inteligencia, y no encuentro una forma más precisa de darle las gracias al amigo que el brindis, que levantar la copa para desearle: buen viaje, poeta. —

— EDUARDO VÁZQUEZ MARTÍN

## CUBA MÚSICA DE ELEVADORES

La noche del concierto de Pablito Milanés en la Tribuna Antiimperialista, una amiga mía se encontraba por casualidad en el público—una joven universitaria norteamericana, de visita en Cuba. Cuando le escribí diciéndole que habían arrestado a Gorki y apaleado a Yoani Sánchez, no podía creerlo: “Pero si yo estaba allí, en ese mismo concierto. ¡No puede ser! No me enteré de nada, no supe que estaba pasando lo que me cuentas. Llegué justo a tiempo para *Yolanda*...”

Y, cómo iba a enterarse, ¡si la música de Pablito le impedía escuchar la paliza!

Los firmantes de una carta abierta que circuló en las horas previas al concierto esperaban que el cantautor hiciera

una pausa, y que, desde la tarima, delante de los banderones negros, denunciara a la policía y demandara la liberación de Gorki. Pero en vez de eso, ¡jay!, Pablito cantó aún más alto. La chica norteamericana y sus compañeras de *college* estaban maravilladas, y ausentes de lo que ocurría a su alrededor, pues tal es el efecto del sonsonete que ha ensordecido a todo un continente, del río Bravo a la Patagonia, y taponado las orejas de millones de fanáticos que jamás escucharon las quejas de los cubanos.

La música de Pablo es música de elevadores: si sentimos miedo, si nos asalta el temor de que “aquello” fuera a caerse, su musiquilla sirve para hacernos olvidar, y para hacernos pensar que estamos seguros. (Si “resistimos”, quizás hasta lleguemos a ser felices en el elevador). La nueva trova nos comunica un falso sentido de solidaridad: metidos entre cuatro paredes, sin saber cuánto tiempo tendremos que mirarnos las caras, la espera se vuelve tolerable escuchando a Pablo, el Perry Como de los encierros prolongados.

¿Tendría música indirecta la celda de Gorki? ¿Le tocarían el instrumental de *Yolanda* por altoparlantes? No deja de ser simbólico que entre el público asistente al concierto de la Tribuna Antiimperialista se encontrara una mujer llamada Yoani, la antítesis de *Yolanda*, y que entre una y otra se abra el abismo generacional que separa “las maravillas del mundo” de “los desmaravilladores”, según reza una célebre estrofa de Mario Benedetti. A ese *maravillismo*—superado en la literatura pero todavía vigente en el campo de la política—pertenece la patriotería platónica de *Yolanda*, que Yoani, la desmaravilladora, ha venido a denunciar.

Arrullados por la música de Pablito Milanés y de Polito Ibañez, de Kelvis Ochoa y de Santiago Feliú, cubanos, norteamericanos, argentinos y bolivianos, unidos en la Plaza, se deslizaron por ese estado de falsa conciencia que Pink Floyd llamó “confortable estupefacción”. Alguien se ha preguntado, a propósito de los destinatarios de la carta, si no serían estos los nuevos ros-



Porno para Ricardo.

tros del castrismo—o si no habrían sido siempre los cantautores la cara oculta de la dictadura—, y si la exigencia de libertad para Gorki Águila no debió estar dirigida a Raúl Castro, que es, en definitiva, el único responsable de lo que estaba pasando. Pero se olvida que los rumberos peripatéticos representan, en los escenarios del mundo, la posibilidad de un romántico encuentro de las dos orillas, y que esos flautistas de Hamelin son los embajadores del “humanismo” castrista.

Tanto por la etimología del vocablo (“un mierda”) como por las connotaciones históricas del fenómeno, el castrismo es puro *punk*: un anacronismo que, a más tardar, debió haber colgado la guitarra la noche que The Ramones tocaron *Havana Affair* en el CBGB. Porno para Ricardo nos rompe los timbales con su parodia cederista y pioneril del *punk*, ese género difunto que apesta precisamente por obsoleto. Pero no es hasta que imaginamos a Johnny Rotten desafiando a Fidel Castro a un duelo con pistolitas de sexo, que comprendemos por fin todo lo exquisitamente contrarrevolucionario del combate desigual entre un rockero llamado Gorki y las huestes de un comunismo monárquico, mierdero y mojjigato. —

— NÉSTOR DÍAZ DE VILLEGAS

## DIARIO INFINITESIMAL EL CIELO DEL AZAR

El viejo marino Joseph Conrad dictamina, lo leí en una de sus cartas, acerca del hundimiento del Titanic. Su opinión era que el capitán se había equivocado al maniobrar frente al iceberg; erró por tratar a toda costa de no incomodar al plutocrático pasaje (que incluía, como sabemos, al dueño de la empresa y al diseñador del barco) ni maltratar la modernísima cuanto indestructible embarcación. No, opina Conrad, el capitán no debió intentar esquivar la montaña de hielo que surgió como fantasma frente a él. Debió en vez de eso enfilar el barco hacia el iceberg y chocar de frente con él. El golpe hubiera sido brutal, gran destrucción, heridos, el barco habría quedado acaso inservible, pero, alega Conrad, no se habría hundido, desastre mas no tragedia.

Thomas Hardy escribió un impresionante poema sobre el Titanic, se llama “Convergencia de los mellizos”. En él se describe la minuciosa fabricación del lujoso trasatlántico, orgullo de la tecnología y del progreso. Y mientras crecía el barco, observa socarrón Hardy, allá lejos, en el Polo, iba paralelamente desarrollándose un iceberg fuerte, gigantesco. Y los dos colosos tenían acordada una cita en la noche, en medio del océano.

Cita accidental, azarosa. El accidente impredecible no tiene causas, por eso es accidente. Explicar es declarar las causas; luego, razona Aristóteles, los accidentes son sucesos inexplicables. La casualidad es eso, azarosa.

En el *Zaratustra* de Nietzsche se proclama: “En verdad, es una bendición y una maldición enseñar. Sobre todas las cosas se encuentra el cielo del azar, el cielo inocencia, el cielo cercano, el cielo temeridad [...] El azar es la más antigua nobleza del mundo; lo apliqué a todas las cosas, las liberé de la servidumbre del fin.”

¿Por qué elogia así Zaratustra el azar, por qué se refiere a él como cielo



El Titanic surca el azar.

inocente, cercano, noble? Ensayemos una respuesta sin pensar de ningún modo que haya de ser única.

Aquí hay dos temas: uno es la suprema inventiva del azar. Por creativa que una persona sea, nunca podrá ser tan inventiva como la casualidad, no podrá alcanzar su infinita capacidad de urdir con fría y extrema facilidad, como si nada, como jugando, las más interesantes historias. He dicho *jugando*, ésa es la otra característica que seduce a Nietzsche del azar, el juego. Lo que se hace jugando no tiene otra finalidad que el juego mismo, se opone a la tiranía mediocre de los fines humanos. “Y Nietzsche insiste siempre en el mismo sentido: protesta contra la asignación de un objetivo a las cosas, contra la asignación de un objetivo al mundo”, especifica Georges Bataille, reverenciador del azar y el juego como surrealista conflictivo que siempre fue (el surrealismo entronizó el azar y el

juego, véase por ejemplo la novela *Nadja* de Breton).

¿Qué se necesita para elegir con justicia y tino en política?, se preguntó al presidente Mitterrand. “Indiferencia”, respondió, y su respuesta es más acertada y profunda de lo que parece. Tengamos sólo presente que a la justicia se la representa ciega, es decir, desinteresada. ¿Y qué hay más ciego e indiferente que un volado?

Y recordemos por último en esta apresurada enumeración de las virtudes del azar que los místicos judíos aseguraban que los diferentes encuentros casuales e inesperados con que se anima y diferencia cada uno de nuestros comunes y corrientes días forman un lenguaje del que Dios se vale para hablarnos y señalarnos cierta ruta o trayectoria vital, enigmática, pero tal vez no indescifrable para nosotros. —

— HUGO HIRIART